

CONCURSO DE RELATOS
"FEDERACIÓN TAURINA DE CASTELLÓN"

Martes con Serranito

CARLOS DEL POZO

Fue por pura casualidad como conocí a Agapito García González, más conocido por Serranito, quien para mí y desde entonces sería, simplemente, el Maestro. Por razones que huelga detallar, mis padres me enviaron a cursar los últimos años de bachillerato al instituto de Colmenar Viejo, serrana villa que en años venideros sería testigo de amistades, amores frustrados, desencuentros y mucha nostalgia actual. El horario del instituto comprendía las mañanas de lunes a sábado, así como un par de horas los martes por la tarde. Entre la una y media y las tres y media de ese día, cuando se reanudaban las clases, los que no éramos del pueblo teníamos que buscarnos la vida fuera del recinto del instituto. El bocadillo nos

duraba medio suspiro, y para llenar la tarde unos escogían la arboleda, otros las fincas de la carretera del CIR, donde intentaban capotear a las reses y a sus enfurecidos dueños, que tiraban de escopeta a la mínima, y otros finalmente se decidían por la fácil opción de bajar al pueblo para jugar al billar o a las máquinas tragaperras. En uno de esos salones recreativos es donde conocí al Maestro.

El martes era un mal día para ir de billares porque con quince años la paga semanal suele ser corta y el domingo por la tarde ya está prácticamente gastada, de modo que nos dedicábamos a mirar a los lugareños jugar y, de vez en cuando, probábamos suerte en las máquinas del millón, las de precios más asequibles. Debió de ser uno de esos días cuando alguien me comentó que en unos billares de la calle Real, cerca ya de la plaza del Ayuntamiento, vendían los discos de la gramola usados a precios de verdadera ganga. Pregunté a un empleado y éste me dijo que el asunto lo llevaba personalmente el dueño del salón, a lo que repliqué que quién era ese dueño. Sonriendo, el tipo me dijo *Quién va ser, muchacho, vamos, pues quien da nombre a este salón, Serranito, nuestro maestro, je, je*. Mi primera reacción, entre confuso y lleno de emoción, fue la de huir de allí.

A mí el mundo del toro siempre me atrajo desde su vertiente literaria, con su grandeza y esplendor, y su componente de miseria y derrota. Desde pequeño siempre soñé con ser cronista taurino, y durante años fui apuntando las frases de esos expertos en un cuaderno que me había regalado mi tío Turi. Recuerdo aquél glorioso *Llegó la hora de la tizona*, de Matías Prats, o ese otro de *Pegó el sainete con los aceros* de la sin igual Mariví Romero, cuyas crónicas de Informaciones fueron las

primeras reseñas taurinas que yo leí, o el más clásico *La plaza explotó de júbilo y sincero reconocimiento hacia el diestro* de Vicente Zabala en ABC. Con el tiempo y los años me iría aficionando a esas crónicas de Joaquín Vidal en El País que resumaban literatura de muchos quilates por sus poros y docenas de libros devorados en el camino, y a esos relatos en tercera persona, distanciadamente fríos, de Barquerito en Diario 16. Soñaba con ser algún día como alguno de ellos, tejiendo subordinadas en grana y oro, paseando la mirada por el albero en busca de una metáfora que me ayudase a descifrar el ritual de cada tarde de feria. Todavía no había leído el *Cossío*, tratado del que siempre hablaba Luis Francisco Esplá en sus entrevistas, pero para mí la Biblia de la crónica taurina era *Muerte en la tarde* de Hemingway, que había leído en el setenta y siete en una edición de bolsillo de Planeta. También, para qué engañarnos, deseaba ser Hemingway.

El caso es que había tenido ocasión de conocer a un diestro mítico como *Serranito* y la había desaprovechado. Estuve toda la semana dándole vueltas a la cuestión y siete días después resolví presentarme ante el Maestro con el asunto de los discos como burda disculpa. Le preguntaría su opinión sobre el *Cossío* y el vidrioso tema del afeitado, acerca de los nuevos diestros, y con un poco de suerte podríamos rememorar su salida a hombros por la puerta grande de las Ventas el año 1968. Me indicaron que estaba en el cuartito que había tras las dos últimas mesas de billar y toqué levemente con los nudillos la puerta. Apareció un tipo alto, de faz escandinava, con ojos azulísimos circundados por unas gafas de montura metálica, el cabello muy rubio y con generosas entradas. Era el Maestro.

Los discos valían cincuenta pesetas en una época en que un por un single en las tiendas te soplaban treinta duros. Tenía media docena de los que acababa de retirar de la gramola para cambiarlos por otros tantos nuevos y me ofreció el “*It’s raining again*” de Supertramp, el tema principal de Carros de Fuego, uno de Mocedades, otro de Imagination y el que a la postre me llevaría, “*Los rockeros van al infierno*”, de los Barón Rojo. Me dijo que los discos estaban en perfecto estado y que no corriera demasiado la voz, porque lo de revenderlos era una cosa que no estaba muy bien vista legalmente. Al irme le di la mano y le dije *Mucho gusto, Maestro*, pero no hablamos del Cossío, ni del afeitado ni de la faena de las Ventas de 1968. Estaba muerto de vergüenza y todo mi cuerpo era puro temblor.

La secuencia se repetiría durante todos los martes de ese año y del siguiente curso. Siempre conseguí ahorrar cincuenta pesetas para el martes siguiente, y así, gracias al Maestro, mi discoteca creció considerablemente con un desembolso inferior al valor real de las piezas que la componían. Recuerdo discos de Phil Collins –“*Can’t hurry love*”-, Police –“*Every breath you take*”-, alguno de Rod Stewart, y, cómo no, el “*Bienvenidos*” de Miguel Ríos, todo un himno de aquella época. Nuestra conversación solía ser la misma cada día, aunque gracias a mi fidelidad pude percibir en él una cierta y progresiva cordialidad hacia mí. Alguna vez me preguntó por cómo iban las clases del instituto y las novias, si me *hablaba* con alguna moza o estaba en vías de hacerlo. Yo, en cambio, no conseguí sacar a colación ningún tema taurino para que pudiéramos pegar la hebra a cuenta de alguno de los muchos y apasionantes pasajes de su biografía.

Un martes de Diciembre vi al Maestro más afable conmigo que nunca. Me hizo pasar al despachillo y cerró la puerta para que no nos oyeran desde el salón porque dijo que me tenía que hacer una confidencia. Dijo que creía que los de la tienda de discos, una conocida casa de Cuatro Caminos, en Madrid, le estaban engañando porque le vendían últimamente discos muy malos, obteniendo como resultado las encendidas protestas de los mozos y el casi absoluto desuso de la gramola. Me enseñó los nuevos discos y, la verdad, daban bastante pena: melódicos horrorosos, tríos de negritas anónimas, grupos desahuciados. *Más que discos son castañas; mira, es como si a un diestro de tronío le ponen a capotear cabras en vez de pablorromeros*, bramó enfurecido. Me dijo que me veía un experto en esto de la música y se le había ocurrido que le podría asesorar comprando los singles a otra tienda por catálogo. A cambio yo tendría el auténtico privilegio de comprar los viejos a cinco duros. Acepté sin pensármelo dos veces.

Así estuvimos a lo largo de mi último curso del instituto, y un día que le vi más accesible que nunca le dije por fin *Maestro, nunca se le oye hablar de toros*. Me miró confuso, como si no pudiera concebir que alguien como yo, con mis músicas y mis discos, fuese un taurinófilo, y dijo *Mira muchacho, el toreo me ha dejado buenos y malos recuerdos, que son sólo eso, recuerdos, así que dejémoslo así y vivamos el presente*. Ese día marché a casa un poco más triste y derrotado que nunca, evocando la melancolía de las palabras del Maestro.

Un martes de Junio, el Maestro quiso saber qué haría al acabar COU. Lo preguntó con cierta pena, porque una semana después yo acababa las clases y con

ellas nuestra relación discográfica, que amén de buenos resultados para él –hubo de comprar una gramola nueva, ya que la antigua se quemó por exceso de uso-, derivó en una grata amistad. Le dije que estudiaría periodismo y que mi sueño desde hacía muchos años era hacer crónica taurina, y entonces sí, hablamos de sus mejores tardes, de diestros y ganaderías, de plazas y públicos. Me invitó a tomar un café en El Dorado y yo me fumé las clases de ese martes. Le pedí con cierta vergüenza tomar notas en el cuaderno del tío Turi y no sólo asintió sino que estampó allí su firma autógrafa con una hermosa dedicatoria. Al final de la tarde me dijo que no le gustaban las despedidas, pero nos fundimos en un abrazo de veterano a novillero, como de alternativa y así. Ya no volvería a ver al Maestro.

El martes siguiente, el último en Colmenar si todo salía bien y aprobaba en junio, fui a los billares Serranito con la honda pena que me producía la despedida del Maestro. Fui directo a su despacho, pregunté por él y me dijeron que ese día no iría por los salones. Me había advertido que no le gustaban las despedidas y yo había olvidado que la palabra de un torero es palabra con mayúsculas, horadada por el rojo de la sangre del morlaco y el oro de la vestimenta, suprema palabra, en fin. *Ha dejado esto para ti*, me dijo el encargado, y en una bolsa de discos apareció una maravillosa edición en inglés de *Muerte en la tarde* de Hemingway fechada en New York en 1959, con ilustraciones de Picasso y en la que don Ernesto, en un penoso castellano, dedicaba su libro al Maestro, entonces joven y descollante novillero, el último verano que estuvo en España antes de su suicidio. En su interior había una nota manuscrita del Maestro que aún hoy conservo y que decía *No sabía cómo*

recompensar tu amistad y entrega. Agapito González, Serranito, Colmenar Viejo, veinte de junio de 1982. Entonces, al fin, sentí cercana mi primera crónica, y comencé a escribir sin pausa ni descanso en el viejo cuaderno de hule del Tío Turi.